

# HISTORIAS DE TAMMERLANE

de Federico Tarántola

presenta...

## UNA HISTORIA MISERABLE

Antes de asesinar a Luciana, todos los que conocían a Cirilo lo consideraban un hombre bueno y respetable. Y lo era. Por lo menos a simple vista. Gran parte de la gente sentía por él mucho más que un afecto de vecino: le tenían confianza, cariño y hasta amor.

Incluso después de perder su matrimonio siguió siendo un buen civil. Por esa época se lo veía callado, sereno, y de vez en cuando con alguna que otra lágrima escondida en los párpados. De todas formas, siempre fue un ser cordial y ameno, dulce como un niño inocente.

Todos siempre sintieron por él, menos su ex-mujer. Aunque en una época no, obviamente. Porque por algo tuvo que haber sido la mujer de Cirilo. Es decir, hubo una época en que ella se enamoró de eso mismo que la gente admiraba en él.

La cuestión que para el tercer mes de separación, Cirilo se convirtió para todo Tammerlane en un miserable.

El hecho que valió la cadena perpetua de Cirilo Páez (34 años, divorciado, un hijo de 5 años) sucedió la tarde del 25 de Enero de 1999, cuando en el baño de la agencia de lotería en la que trabajaba, ahorcó y violó después de muerta a Luciana J. Báez, (12 años, alumna del séptimo grado del Primario T.24, hija única), siendo descubierto por un ocasional asaltante, de nombre Francisco Soláez (67 años, soltero, jubilado, en amistad romántica con un travesti prostituto)

O bien, todo se originó desde mucho antes, en consecuencia de una sobredosis de angustia que el hombre padecía. Exactamente la noche del 24 de Octubre de 1998, cuando su esposa Magdalena C. Veláez de Báez (30 años, casada, camarera en el turno nocturno de un pool, un hijo de 5 años), entró a la casa, y apoyó los papeles del divorcio sobre la mesa en que Cirilo Páez (34 años, casado, desempleado, un hijo de 5 años), estaba tomando té con leche y algunas galletas dulces.

O no. Quizás pudo haber empezado mucho más antes. Quizás a consecuencia de los hechos de la madrugada del 23 de Julio de 1993, donde Cirilo Páez (28 años, soltero, desempleado, título secundario), conoció a Magdalena C. Veláez (24 años, soltera, desempleada, sin título secundario), en el pool que irónicamente seis años después se la robaría de su vida.

O más, mucho más atrás. Quizás, el origen de toda esta tragedia se encuentre en los días adolescentes de Cirilo Páez (18 años, estudiante secundario, asiduo lector de literatura, escritor inédito), exactamente en la noche del 22 de Abril de 1983, cuando apoyó una cuchilla de cocina en su garganta, pensó en el pasado, temió a la soledad y al fracaso, e intentó suicidarse, cosa que jamás se atrevió a consumir.

Lo cierto es que Cirilo entró a trabajar en la Agencia de Lotería de la avenida Tamm al 4500, al día siguiente de firmar su separación, en donde entregó casa y muebles como parte del trato prenupcial.

No era un trabajo fijo. Tan sólo era una suplencia de seis meses por un empleado accidentado, un tal Brion Moisáez, al cual el tres le amputó las piernas tras un fallido intento de suicidio.

El jefe, un obeso de barba pálida y mejillas rojizas, de nombre Eduardo Náez (42 años, casado, tres hijos varones, una esposa lesbiana en secreto), le dijo aquella vez, mientras lo recibía en su local:

- No creo que vuelva. Me parece que seis meses es poco tiempo para que un suicida vuelva a estar en paz con el resto de su vida, peor todavía por esa silla de ruedas atornillada a su culo.

- Sí, es cierto. – dijo Cirilo tímidamente como siempre. - Aunque si él pone confianza en sí mismo, y si aprende a amar a la vida...

- Sí, sí, sí!!! – dijo Eduardo, ofuscado - Vos decí eso, yo me lo creo, lo contrato, y termina disparándose en la cabeza con el local lleno de gente!

- Entonces usted dice...

- Que te tomo por seis meses, pero visto y considerando... Y si veo que trabajás bien... - lo codeó - ... al séptimo te contrato y te pago la jubilación, impuestos, familia y todo eso. - y se le acercó al oído para susurrarle - ... Esto te lo aviso por si vienen de la Inspección de Trabajo de Tammerlane.

- Oh, sí! No hay problema.

La realidad era que Eduardo tenía la misma historia para cada empleado: era una vieja treta que utilizaba para evadir impuestos: tomaba un empleado, le contaba la desgracia del anterior, muchas veces inventadas, y de esa forma los sometía a trabajar con la promesa de dejarlos efectivos. Casualmente, eso nunca sucedía: regresara o no el viejo empleado, y el nuevo trabajo mal o bien, Eduardo siempre los despedía. Y empezaba de nuevo. De esa forma, el hombre se libraba de rendir cuentas al Gobierno, como declarar la Agencia ante la Mutual de Agencias de Juego de Tammerlane.

Cirilo se colocó detrás del mostrador y saludó a su jefe. Una vez que el hombre salió a la calle, todo volvió a ser soledad.

Así que se sumergió en el desenfreno que lo carcomía. La noche anterior, su esposa había llegado a casa con los papeles del divorcio...

- La semana pasada vine a aprender cómo manejar la computadora,... y la venta de bebidas. – le explicó a la primera clienta que lo interrumpía. Se trataba de un ama de casa de unos sesenta años.

- Parecés un buen muchacho. El anterior... por lo que me enteré, estaba loco. Dicen que se quiso matar con el tren, y que un viejo se tiró a ayudarlo. La cosa que el hombre se tropezó, se cayó, y el tren se lo destrozó, incluyendo a las piernas del loquito...

- Interesante... - dijo Cirilo, apagado.

No estaba con ánimo para volver a escuchar aquella miserable historia. Es más, no le interesaba ni eso ni nada. Sólo comprender lo que le había pasado la noche anterior, cuando ella apareció con la sorpresa, y lo terminó por convertir en un miserable.

- Pero, peor era el otro.- continuó la vieja. – Eduardo te contó del otro?... Era un hijo de puta! Sabés lo que hacía? Adviná... atendía con los pantalones bajos! Lo que pasa que no se notaba, porque estaba detrás del mostrador. Nadie lo pudo ver, pero el gordo lo atrapó poniendo un micrófono...

- Una cámara, querrá decir?

- ... una cámara. Y lo filmó todo un turno.

- Hay otro más del estilo? – dijo él, perdido por perdido.

- Varios. Uno que se pegó un tiro en la panza por miedo a que lo despidan cuando cumpla sexto mes de trabajo. Y otro!...El más bueno de todos... era un viejito, que se murió de un infarto el día en que justamente cumplía seis meses de trabajo. El gordo me contó que le había comentado que lo iba a hacer efectivo, cuando el viejo empezó a largar una espuma rara por la boca. Empezó a sacudirse tanto, pero tanto, que volcó el mostrador! Terminó muerto e hinchado en el medio del local. – y señaló al piso, con la mano con la que sostenía la bolsa de las compras.

- Alguien lo vio morir?

- Pero claro! A ese lo vio todo el barrio!... Por lo menos cuando lo sacaban en la camilla, lo velaban o en el entierro. Ahora, nadie vio cuando el viejo empezó a morir.

- Bueno. Le cobro? – dijo Cirilo, cortante.

- Ah, sí... perdoname. No me di cuenta. – y entregó el dinero – Acá tenés. Quedate con la monedita del vuelto.

- No, no, gracias. Me daría vergüenza. – y por un momento se arrepintió.

Siempre tenía vergüenza de una propina, una changa para un amigo, un trabajo que desafiara su torpeza y poca capacidad. De alguna forma, la falta de dinero que había engendrado, sumado a su bohemia con la escritura, fueron algunos de los factores que colmaron a Magdalena, llevándola hasta la decisión final.

- Qué mierda le pasa a este negocio?! – se preguntó Cirilo en voz baja. – Se mueren todos, se accidentan, o los descubren en algo raro... siempre a los seis meses. –y bebió un sorbo de té con leche.

La vieja chusma ya se había ido, y nuevamente respiraba la tranquilidad de su dolorosa soledad, detrás del mostrador, pensando en todo.

Sintió que estaba atrapado, maldito, y encerrado en un lugar tan miserable como todos en los que siempre terminaba. Y sintió que también terminaría tan mal como todos aquellos empleados. Tenía más que motivos para creerlo: su mujer lo había abandonado, no tenía casa ni dinero suficiente, y su hijo era un punto lejano en su desolado corazón... Seguramente, seis meses después también cometería alguna locura con su vida o con su empleo. No encontraba un motivo futuro que pudiera estabilizarlo, y que todo sería más que angustia, lamentos y agonía.

Pero eso todavía no tenía que importarle. El tema era pensar qué había sucedido con su matrimonio. Y de verdad, le fue difícil recordar. Principalmente porque habría que bucear en bellos recuerdos que se convertirían en nostalgias, como en malos momentos que se convertirían en odios y condenas.

Fue así que decidió analizar sus culpas. Eso lo calmaría.

Durante el primer mes de trabajo en la Agencia, Cirilo se la pasó sumergido en una etapa / crisis, donde de Lunes a Lunes a las 22 horas, tras su jornada, se aparecía por su vieja casa, para charlar con su ex-mujer y discutir una posible reconciliación, o por lo menos aclarar ciertas culpas.

Una de esas noches, exactamente la última del mes, Magdalena estaba sentada en el comedor, mientras que Cirilo se paseaba de un lado a otro fumando cigarrillos negros. Parecía una locomotora endemoniada, a punto de descarrilarse. Eso mismo fue lo que llevó a la mujer a intentar evitarlo del todo.

- No podemos seguir viéndonos... Te lo pido por favor. Esto me hace mal. Ya fue bastante duro tener que verte a los ojos para pedirte el divorcio. Ya sé que querés que volvamos, que aclaremos las cosas... Pero, yo no.

- Pero, hay que hablar! Volver... No sé si quiero volver. Por algo fue que te firmé el divorcio.

- Lo firmaste porque estabas drogado. Y cuando se te pasó el efecto, te arrepentiste como siempre hacés.

- No estaba drogado. Nunca me viste drogado!

- Nunca, no?... Acaso no te acordás? Acaso vamos a tener que discutir sólo para darte la razón? Querés que te diga que nunca tuviste la culpa?

- Bueno, sí. Reconozco que me drogué un par de veces.

- Un par de veces? Vos me dijiste que una!

- Y cómo sospechabas que eran más?

Magdalena lo miró con odio.

- Porque se te sentía en la boca cuando te daba un beso,... tenías ese gusto a marihuana...

- Pero la marihuana no hace nada! Te pone a pensar más. A mí me hizo aclarar muchas cosas, escribir buenos cuentos... Al principio tuve ciertos ataquitos de paranoia, pero se aprende a manejarlo... Un día podemos fumar juntos.

- Qué decís, Cirilo?! Primero y principal que tenemos que cuidar de un hijo. Si nos fumamos los dos, qué pasa con él? Aparte, hay otra gran cosa que te olvidás, y es que no hay más pareja como para compartir nada.

- Eso no significa que nos dejemos de ver. Si bien tengo que venir a ver al nene, también podemos ser buenos amigos.

- No podemos. Por obvias razones... nunca vas a aceptar que me ponga a salir con otra persona. Fue lo que siempre me dijiste cuando estábamos juntos y cuando te agarraban esos miedos a que nos separemos.

- Yo?! Pero, mirá si me voy a hacer problema! Mientras que nos entendamos... - y se detuvo por un instante – Conociste a alguien?

- Sí. – pausa – Hace dos semanas.

- Mierda!! Me lo veía venir!!! – dijo gruñendo, mientras encendía otro cigarrillo. – Cómo carajo se llama? De dónde es? No será uno de esos hijos de puta que trabaja en el pool, porque lo mato!!...

- Nada que ver. Es de otro lado.

- Dónde lo conociste?

Cirilo entró en calor: se pasó la mano por el pelo, se acomodó la remera, caminó de un lado a otro. En su realidad, no existía otro hombre para ella que no sea él. Justamente ese mismo motivo fue el que arruinó gran parte de la relación: el setenta por ciento de las peleas eran por indagar y celar acerca de los hombres del pasado de Magdalena.

- Podés irte, por favor? – le pidió Magdalena, y se levantó. Caminó hasta él, y lo tomó del brazo para llevarlo a la puerta.

- Qué hacés, puta de mierda?! – dijo Cirilo con odio, clavando sus talones en el piso. - Me rompí el culo dándote todo, incluso me echaron de la oficina, y tuve que caer en esos puestos de mierda, esas changas...!

- Andate, por favor? – insistió - No me hagas enojar. Ya sabemos que trabajaste. El tema es que siempre terminás con violencia. Si te vuelvo a ver por acá, es porque pasás a buscar a tu hijo.

- Me estás volviendo loco!!! Me tiraste a la calle, de un día para el otro, y no querés que me ponga así?! Ya te acostaste con un tipo y no querés que enferme de la cabeza?! Vos sí que tenés todo fácil: te ofendiste, te divorciaste y te fuiste a meter con un cualquiera, y seguís así como si nada.

- Vos sabés que lo nuestro se había acabado. Yo podía seguir así.

- Así como, Magdalena?!

- Cansada. Candada de vos.

Cirilo respiró profundamente y por un instante se remontó a aquella vez en que las cosas habían empezado a ponerse extrañas...

... Una noche, alrededor de las 2 AM, Cirilo Báez regresó a su casa, completamente drogado y borracho, y despertó a su mujer Magdalena, embarazada de seis meses. La llevó a la cocina, donde se despachó con un diálogo existencial...

- Por qué todos dicen “no me importa si es varón o mujer, sólo quiero que nazca sano”? Si no lo digo, estoy haciendo algo mal?

- Mirá lo que me venís a preguntar a esta hora? – dijo Magdalena, levantándose de la silla, y dando media vuelta para volver a la cama.

- Esperá, esperá!!! – y la alcanzó a tomar del brazo. – En definitiva, uno tiene derecho a elegir más allá de la salud. O no?

La esposa miró a su esposo y su estúpida sonrisilla.

- Cirilo,... estás completamente drogado!

- Nada que ver! Tenía ganas de charlar un poco. Me siento solo.

- Ah, sí? Pero, si sos vos el que se la pasa todo el día deprimido con tu escritura, y esas ideas locas, y me tratás mal.

- Es que desde que te conocí, jamás dijiste nada coherente. Me dejás todo el tiempo de Tammerlane para dedicarme a mí y a mis libros. Como también, vivo amargado de no saber cómo sacarte de encima.

- Tu hijo que crece en esta panza, nunca cuadra en lo que decís. Solo es odio a mí, odio a todo, y nada más que locura.

- A mi hijo no lo puedo disfrutar porque su madre es una puta!!

Magdalena y Cirilo se miraron. El silencio duró una milésima de segundo, y en él supieron que ya todo se había acabado. Alguien tendría que tomar la decisión. Lo cierto fue que Cirilo jamás lo aceptó. Y con ello se condenó para siempre, arrastrando el peso de esa cruz que parecía disfrutar.

Y esa condena lo llevó a convertirse en un miserable.

Estaba parado en la entrada de la Agencia, hablando con un joven llamado Tulio Gáez (21 años, soltero, con residencia en la zona pobre del Pueblo), el cual trabajaba en la panadería lindera al local, amasando y horneando el pan.

- Te enteraste la historia de esa nena? – dijo el muchacho, y señaló a la vereda de enfrente, donde habían tres chicas jugando a la rayuela. Entre ellas, se destacaba Luciana.

-Cuál decís? La de las tetitas?

- Veo que no perdés el tiempo! – dijo Tulio, y soltó una risilla.

- No. No sé qué historia tiene.

- Se hace tocar las tetas, la concha, el culo, se hace dar besos en la boca. Y lo más loco de todo es que paga en efectivo.

- Cómo que paga? Paga para que la toquen?... Es la primera vez en la historia que escucho que una chica paga!

- Y... hay mujeres que pagan. Y esta parece que es medio idiota. El padre es el borracho de la otra cuadra...

- Pero, Tulio! Mirala bien y decime si te contaron la verdad!

- Es verdad. – y observó a Cirilo maravillado en la nena. – Ahora que te conté esto, espero que no quieras compartir cartel con el carnicero, el mecánico, el hijo del mecánico y el kiosquero. – y volvió a largar la risilla.

- No lo puedo creer! – dijo anonadado.

De repente, Cirilo lo sintió. Sintió esa extraña sensación, una animosidad que nunca había experimentado. Observó a Luciana y algo despertó de lo más profundo de su alma. Y vibró en la imaginación de ver su mano sobre la piel. Pensó en sus 12 años, la carne, los billetes, y en todos los demás.

Por la noche, cuando cerró el local, después de un día de razones suficientes como para planificarlo, se encerró en el baño y bajó sus pantalones. Necesitaba el dinero, pero necesitaba su carne. Así que se llevó la mano a su pene trezado en venas, y comenzó a sacudirlo.

“Luciana”, y eyaculó en su rostro imaginariamente dibujado en los azulejos.

Para el mes siguiente, Cirilo estaba destinado a la suerte del miserable: no sólo sentía así, sino que inconscientemente le terminaría demostrando al Pueblo que era de la peor basura.

Estaba solo. Todos los intentos por recuperar a su mujer se habían perdido cuando ella había conocido a un cliente del pool donde trabajaba. Todo esto, había sucedido ante sus narices, un mes antes del divorcio. El enemigo invisible en cuestión Fernando Boláez (39 años, divorciado, empleado de un restaurante, excelente jugador de pool, amante de la cerveza). Con la novedad completa ya no había más por lo que luchar.

Por otro lado, se había adentrado en analizar lo que pasaba en el local. Fue así que navegó en la angustia del muchacho de las piernas y el tren, como las situaciones que hablaban infartos, desnudez y demencia.

Qué era lo que pasaba con el lugar?

Todos los empleados que entraban allí, atravesaban una maldita suerte: todos eran unos miserables... como él.

Fue el día que cumplió el tercer mes de trabajo, que se detuvo en la soledad detrás del mostrador para darse cuenta de un detalle: desde que Cirilo había entrado a trabajar en la Agencia, su suerte había empeorado. Se había divorciado de la noche a la mañana sin muchas explicaciones, para quedar empantanado en cientos de recuerdos y errores del pasado que hacían todo mucho más confuso.

- En seis meses... me pasa algo. – se dijo angustiado, sintiendo que era parte de aquel universo de personajes que pasaban por el local.

Temía llegar a los seis meses, y encontrarse hecho un obeso, con pensamientos suicidas, llevando a cabo una tragedia como asesinar a su ex-mujer, o al amante, o a los dos. Cirilo quería ser un hombre derecho, con la mirada hacia adelante, un hombre que había aprendido la lección.

Pero, cómo? Cómo lo haría si ni siquiera tenía fuerzas. Y no creía en nada ni nadie. Cuál era la respuesta para evitar esa maldición?

“Sobrevivir”, se dijo. Sobrevivir y hacer lo que pudiera por mantenerse vivo, divertido, y no caer en malos pensamientos. De esa forma se mantendría lejos de esa clase de “hechizo” que impregnada las paredes del local. Y que debía salir de allí en cuanto pudiera.

Pero para irse, necesitaba un dinero. Un dinero que nunca lograba ahorrar, un dinero que le diera la oportunidad de dar el gran salto a un nuevo Tammerlane.

Apoyó sus antebrazos en el mostrador, entrecruzó los dedos y llevó su mirada a la calle. A través de la ventana, en la vereda de enfrente, Luciana jugaba con las otras niñas del barrio.

Eran alrededor de las 19 horas, y desde hacía rato que nadie entraba al local: para fin de mes, los apostadores tendían a desaparecer.

Cirilo se paró en la puerta del local, y se encontró con Luciana sentada en el umbral de la casa de al lado.

- Hola. – le dijo Cirilo, con una sonrisa.

- Hola de nuevo. Hoy te saludé como seis veces. – dijo ella, simpática.

- Las contás?

- Es que nadie me saluda tanto como vos.

- Que inteligente! Y... digo, la gente te saluda mucho?

- A veces. Generalmente cuando quieren algo. Vos querés algo?

- Hay tantas cosas que quiero. Una de ellas es plata. Me muero por tener veinte pesos en el bolsillo, ya mismo, y no esperar a cobrarlos.

- Es linda la plata.

- Vos tenés plata, Luciana?

- Para vos no.

Cirilo se congeló. No podía ser. Aquella respuesta... La niña estaba jugando para ablandar la escena, o él era el rey de todos los miserables (no llegaba a ser un buen miserable, por miserable).

Minutos después, siguió insistiendo más. Para su suerte, pudo lograr que Luciana ingrese al local, invitada a tomar té con leche con galletitas dulces.

Mientras ella bebía y devoraba con ansiedad, Cirilo la observaba apoyado en el mostrador. Intentaba parecer sereno, y que todo surja de la forma más fluida.

- Te gustan las galletitas? – le preguntó.

- Mucho.

Un nuevo silencio. La chica volvió a su merienda.

Cirilo volvió a mirarla detenidamente. No sólo era el dinero, era ella. Ella era carne, carne fresca. Una oportunidad para su regreso, para saber que estaba vivo y que haría lo que quisiera.

Paseó sus ojos por aquellos pequeños pechos, tan pequeños que sólo parecían pezones en relieve con su remerita. Le miró los brazos, aquellos

brazos finos y sus manitos. Esas manitos. Pensó en las vergas que habría agarrado, apretado, sacudido. Su pene palpitó. Le miró la cabeza, esa bella cabeza de niña, distraída en esa fabulosa alimentación. Cuánto hacía que la pobre no comía algo decente?

- Hay más galletitas en el baño. – le dijo con dulzura.

Luciana apoyó la taza, y le dijo...

- Ya sé a donde vas. Me doy cuenta por como me mirás... Pero no me gustás, Cirilo. Y no te voy a dejar que me acaricies ni que me pidas plata.

- En serio? Que no te gusto?... Será porque no me probaste. Aparte, yo no soy como los otros: a mí me gustás. Los otros te tocan por plata y nada más que por eso. Dicen que sos fea, que tenés olor a pis... Y no te cuidan. Mirá como te cuido yo.

- Todos me quieren! Todos! – dijo algo enojada, enfrentándolo.

En el fondo, Luciana sabía que nadie la quería, ni siquiera su padre. Y eso la hacía sentirse toda una miserable.

Luciana se había criado en el seno de una familia de clase media baja. Su padre, Gumersindo Báez (56 años, empleado de la construcción, viudo, investigado y puesto en libertad por las misteriosas instancias de la muerte de su esposa), era un alcohólico que de vez en cuando golpeaba y violaba a su hija. Debido a esto, Luciana elaboró una venganza: robarle plata del cajón de la mesita de luz. Con esa plata, ella haría de su vida lo que quisiera, incluso imitar a esa famosa modelo de la televisión la cual pagaba mantenía a sus hombres.

Cirilo insistió con lo del baño.

- Si me lo decís de nuevo, me voy! al baño. – dijo Luciana, con la taza en entre manos.

- Y te vas a perder el té. – dijo con un tono extraño. Llevaba una sonrisa bastante particular. - No disimules más, linda. Si todavía estás acá es porque querés que pase algo... Te gustaría chuparla?

Luciana dio media vuelta y se encaminó a la puerta de salida.

El hombre salió por el costado del mostrador y corrió hasta alcanzarla. La tomó del brazo, le tapó la boca, y la llevó hasta el baño mientras la niña se sacudía. Entraron al baño, Cirilo la tomó del cuello, y continuó tapándole la boca. La puso de espaldas a la pared, y le ejerció una brutal fuerza sobre su cuerpo. Los ojos de pánico de Luciana se cruzaron con los ojos de Cirilo. Los ojos de Cirilo se detuvieron los de Luciana... y en el reflejo descubrió que no había retorno... O sí?

Y Cirilo volvió en sí.

Que podía hacer? La había metido a la fuerza, la había ahorcado, silenciado... Si la soltaba, Luciana iría a contarle a la policía. O no... Si usaba la cabeza, quizás no.

Respiró. Comenzó a soltarla lentamente, cuidando que no se escape. Pensó en hablar. Lamentablemente, cada vez que Cirilo hablaba, destruía todo.

- Te voy a soltar. Y no va a pasar nada. Vas a volver a tu casa y todo va a estar bien... - e intentó parecer recio – En el caso que abrieras la boca, le cuento a la policía de los otros tipos. Es más, voy a decir que intentaste seducirme para robarme, y nadie te va a creer.

Luciana lo miró con odio. Se pasó la mano por el cuello, y como una estúpida miserable, también tuvo que hablar.



- Sos estúpido, Cirilo! Sos un idiota! Sabés por qué no te dejaría que me toques?... Porque sos un miserable... El miserable del barrio, el que la esposa lo dejó por otro, el que parece un buen tipo por la cara de tonto que tiene, el del nombre más feo que escuché en mi vida...

Cirilo le cruzó la cara de un puñetazo. La tomó de los pelos y le estrelló la cabeza contra los azulejos. Nadie se burlaba de "Cirilo" desde Matías Jáez (7 años), un compañero de primaria al que también había tenido que golpear.

Luciana cayó desmayada al piso. Cirilo se agachó, la tomó del cuello. La puso de pie, contra la pared. La observó por un instante. Era bella con aquellos ojos cerrados. Era bella en silencio.

Apretó la carne al mismo instante que las cosas el estrecho ambiente se tiñó en matices del rojo. Y pensó en Magdalena, y en su hijo, y en sus escritos. Vibró en el sentido de la palabra soledad.

Luciana volvió en sí por un instante, justo antes que se le acabe el aire y le estalle el cerebro. Cuando se le murió aferrada a las manos que la ahorcaban, no tuvo más que pensar.

Soltó el cuerpo al piso, se bajó la bragueta y sacó su pene erecto. Bajó los pantalones de la chica, observó la vulva por un instante, e inmediatamente la penetró con rudeza.

Mientras tanto, en el salón del local se hacía presente Francisco Soláez. El hombre tenía una media de nylon que le cubría el rostro, y apuntaba atento a un lado y otro, buscando al empleado.

Tenía intenciones de asaltar el lugar

Francisco era un viejo que nunca había tenido mucho dinero, ni antes ni después de jubilarse. Los empleos que generalmente conseguía eran mediocres. Con el dinero que conseguía al mes, apenas comía, pagaba la pensión y se compraba algún medicamento.

Estaba de novio con un travesti de nombre Liliana (32 años, de nombre real Armando Siáez, prostituto, transformista desde los 10 años, travesti declarado a los 19), al cual lo amaba mucho, cuidaba mucho, y con el que siempre salían a beberse unas botellas de vino al bar de la Estación del barrio.

Por esa época, Gumersindo se había recuperado de una cirrosis, y había retomado por el bar, trayendo como invitado a un muchacho que había conocido el Hospital.

Fue la noche que el muchacho les contó acerca de sus piernas amputadas, que Francisco tuvo la idea.

- Pobrecito! Por qué esa salida tan brutal? Tirarte a las vías porque te habían despedido?! – le preguntó Liliana.

- Lo odio. Odio a ese gordo hijo de puta! – dijo, refiriéndose al dueño de la Agencia. – Me echó en el peor momento de mi vida. Todo con la excusa que retomaría el empleado anterior... uno que se bajaba los pantalones.

- Por eso digo! Asaltémosle el negocio! – insistió Francisco.

Todos volvieron a mirarlo.

- Estás hablando en serio? – dijo Gumersindo, un poco ofuscado.

- En serio! Tengo un arma que no está registrada. Le podemos sacar la recaudación del día... Nos ponemos una media en la cabeza y... y... Qué dicen? – los miró a uno por uno.

- Francisco: le agradezco el gesto. – dijo el joven – Pero míreme por Dios!!! Estoy en una silla de ruedas! Cómo carajo hago acompañarlo!

- Yo tampoco puedo. – se excusó Gumersindo – No se si te acordás que vivo en la otra cuadra de la Agencia. Mi nena siempre está jugando en la puerta. Los vecinos reconocerían mi físico...

Francisco miró a Liliana. Liliana lo miró seriamente.

- Entonces lo hago yo. – dijo el viejo – Acaso tengo algo por perder?...

- No digas eso, tonto!... Acaso no significa nada para vos?!

- No me refiero a eso, Liliana. – dijo, pensando en lo otro, esa maldita sensación, ese universo de miseria en el que estaba sumergido.

La cuestión que Francisco no dio un paso atrás, y se enroscó en la aventura. Enseguida, Liliana se encargó de quitarle la idea de la cabeza, de discutirle, de persuadirlo. Hasta que el viejo se cansó...

Cuando llegó el día, el viejo estaba lo suficientemente cansado como para seguir tolerándola.

- No vayas, por favor! – le rogó ella, tomándolo de las piernas.

Francisco bebió el último sorbo de vino y le partió la botella en la cabeza. Se calzó el arma, abrió la puerta de la habitación alquilada, y salió a destino.

Apuntó a un lado y a otro, y descubrió que no había nadie. Intrigado, caminó hasta el mostrador y se asomó. Tampoco nadie.

No lo pensó más y vio su oportunidad. Así que abrió la caja registradora.

Mientras tomaba el dinero, pudo oír unos extraños gemidos. Se volvió al lugar, y descubrió que provenían de la puerta del baño. Extrañado, apuntó con su arma y avanzó. Los gemidos continuaron.

Abrió la puerta y descubrió a Cirilo penetrando ciegamente el cuerpo de Luciana, tirado en el piso.

El anciano apuntó con su arma y disparó en la espalda del demente.

Minutos después, la policía y la ambulancia llegaron a la Agencia.

Cirilo fue sacado en camilla, herido y fuera de peligro, entregado a los ojos de todos como un completo miserable. No sólo lo sentía,... así lo veían.

Francisco salió a la calle, esposado. Si bien había sorprendido al asesino, se sintió un miserable: nunca le iba bien.

El miserable cuerpo de Luciana salió a la calle, cubierto con una bolsa negra. Y la gente se lamentó.

Gumersindo, salió a la calle, detrás el cuerpo de su hija, llorando desconsoladamente, sintiendo la miseria de las culpas.

Magdalena llegó a la vereda de la Agencia con su hijo tomado de la mano, cuando se encontró con la miserable tragedia. Venía a ver cómo estaba su ex-marido.

- Muchas veces pienso que no hay una cura para las heridas del alma. – dijo Cirilo, en lo que sería la última vez que telefonaría a Magdalena, días antes de la tragedia – Lo estoy intentando, pero me cuesta. No sé por donde empezar a corregirme, a comprender el por qué te fuiste, el cómo disfrutar de mi hijo ahora que no tengo familia... Estoy solo, sabés? Sé que me lo busqué. Sé que se tenía que acabar... por mi. Pero insistí, me quedé, esperé a que la tormenta se acabe. Eso era amor. Quedarme significaba apostar, me entendés?... Y cómo se hace para explicarle al alma que se acabó?

- No le des...

- No, Magdalena, por favor. No quiero que digas nada. Estoy muy cansado para pensar... Sólo sé que fui un buen hombre y cometí el error de planificar mal las cosas: mi arte y mi familia. No tengo nada. Ni escribir puedo. Hace meses que no escribo... No creo que se trate de mala suerte. Es más, creo que yo soy mi propia desgracia, un imán de la miseria. Fue mi culpa... Y de verdad, estoy cansado. Cuando uno se cansa, ya no importa nada.

Cirilo colgó el teléfono público. Dio media vuelta, y finalmente se entregó por completo a la miseria.

Esa noche, la noche del crimen, Cirilo tuvo cómo consuelo un detalle tan demente como su miseria: había roto el hechizo de los seis meses. Fue más rápido que el resto y acabó con todo en tres.

Mientras tanto, su hijo de 5 años también pasó a formar parte de toda esa gran bola de miseria. Se podría decir que la heredó a través de sus ojillos que miraban desconcertado aquella historia miserable.

FIN